Los dos grandes reinos de la Naturaleza

LO QUE NOS DICE ESTE CAPÍTULO

TRATAREMOS en estas páginas de los animales que más se parecen a nosotros. Comenzaremos por recordar que hubo un tiempo en que no existían monos, sino tan sólo lemures, que pertenecían a la misma gran familia de que forman parte las distintas clases de monos existentes, del mismo modo que las varias razas humanas están relacionadas con el hombre prehistórico. Hay monos del tamaño de una ardilla, mientras que otros, por su aspecto y corpulencia, ofrecen cierta semejanza con el hombre y se llaman monos antropomorfos, palabra griega que significa « forma humana ». El cerebro de estos simios es como el de un niño pequeño, pero sus facultades intelectivas se hallan por debajo de las de un salvaje, incomparablemente más que las de éste con respecto a las del hombre civilizado. La conformación de su cuerpo es parecida a la del nuestro; son muy fuertes y bravos; se construyen, con hojas y ramas, cabañas rudimentarias; pero el parecido con el hombre no alcanza más allá. En las páginas siguientes describiremos el gorila, el orangután y el chimpancé, notables por su ferocidad y su fuerza; el gibón, que posee una potente voz y una maravillosa aptitud para saltar; y trataremos también de las otras diversas clases de monos.

LOS ANIMALES QUE MÁS SE PARECEN AL HOMBRE

GORILA — ORANGUTÁN — MANDRIL — COAITA — LEMUR — LORI
CHIMPANCÉ — GIBÓN — BABUINO — AULLADOR — TAMARINO — AYE-AYE

EN los parques zoológicos pueden verse bastantes leones y tigres, así como todo género de fieras vivas; pero lo que no se ha visto hasta ahora y, probablemente, no se verá nunca, es un gorila vivo, en pleno desarrollo. Tampoco es fácil llegar a ver a un orangután o a un chimpancé viejos, porque son tan robustos y feroces, que no se dejan apresar.

Estos grandes simios son los animales que más se asemejan al hombre. No tienen cola; sus manos son como las nuestras; tienen el mismo número de dientes que nosotros, si bien los suyos son mucho más grandes. Sus huesos se parecen a los del esqueleto humano; su cerebro es como el del hombre, aunque no está tan desarrollado como el de éste.

A pesar, sin embargo, de esta semejanza con los seres humanos, su figura es horrible; de manera que si bien no puede negarse que en cierto modo se parecen a nosotros, no por eso dejan de ser de una fealdad repugnante. El orangután presenta el aspecto de un viejo decrépito. Si el gorila no estuviese revestido de un pelo espeso, parecería un negro degenerado, porque tiene la piel del mismo color que la de los negros, y vive, como ellos, en las selvas africanas. El orangután es, por el contrario, de un color pardo-rojizo.

El cerebro de estos monos está menos desarrollado que el de los salvajes más inferiores, como son los de Australia y los que había en Tasmania hasta mediados del siglo pasado. Los salvajes saben fabricar utensilios y lanzar objetos; pero los monos no saben hacer ninguna clase de artefactos, y así emplean piedras para cascar las nueces, y cuando les persiguen los cazadores, desgajan las ramas de los árboles para arrojarlas a sus enemigos.

El mayor de todos es el gorila, que vive en las selvas del África occidental. Hay gorilas cuya talla es como la de un hombre de elevada estatura. Como todos los monos antropomorfos, el gorila es lo que se llama un *cuadrumano*, pues, además de poseer dos manos como las nuestras, sus pies tienen también la misma forma, de manera que, en realidad, viene a tener cuatro manos. Los dedos de sus pies están dispuestos como los de las manos, y de esta suerte, el que corresponde al pulgar puede moverse, oponiéndose a los demás dedos, en lugar de quedar siempre junto a éstos, como sucede en el caso de los pies humanos. Por la misma razón, sus pies no sólo le sirven para andar, sino también para

agarrarse a las ramas cuando trepa por los árboles. Tiene los brazos tan largos, que las manos le llegan más abajo de las rodillas; pero sus piernas son más cortas que las nuestras.

El tener los brazos largos le es necesario al gorila, dado su modo de vivir. Al andar o correr, no le es posible sostenerse mucho tiempo erguido, sin que sus manos toquen el suelo. Camina tambaleándose, como un niño que da los primeros pasos, tocando a cada momento el suelo con las manos, cuyos dedos aprietan los nudillos. Pero no es principalmente de esta manera como utiliza los brazos. Por muy de prisa que trepe por los árboles—que es lo que más acostumbra hacer—es preciso que cuide mucho de encontrar ramas que puedan soportar su peso; de manera, que mientras con los pies se coge de la rama de un árbol, va tentando con los brazos las otras ramas que se ofrecen a su alcance, para ver si son bastante fuertes.

ANIMAL PARECIDO A UN VIEJO REPUGNANTE, QUE ATACA CON TEMIBLE FEROCIDAD

El peso del gorila es considerable, y si cayese se haría mucho daño. Suele albergarse a unos cinco o seis metros del suelo, y no en la cima del árbol, pues procura evitar que le dé el viento, escogiendo entre las ramas bajas los lugares más resguardados y calientes.

Hanse referido numerosas consejas acerca de gorilas que se llevan a las personas para hacerlas trabajar como esclavos; pero tales historias no merecen ningún crédito. A pesar de ser uno de los animales más fuertes que existen, el gorila nunca ataca al hombre si no se halla en peligro; pero si tal sucede, entonces se convierte en un temible adversario. Lo primero que hace es cuidar de que queden a salvo la hembra y los pequeñuelos; mientras éstos se escapan, el macho permanece en guardia, golpeándose el pecho con los puños hasta hacerle sonar como un tambor; y si se hallan aquéllos en riesgo de ser cazados y el enemigo no deja la persecución, el gorila se le echa encima. Y ¡desgraciado el cazador que no le acierta al primer disparo, pues, por robusto que sea, perecerá destrozado por la fiera, o quedará muy gravemente herido!

En cierta ocasión, un hombre disparó, contra un gorila que se le había acercado, pero habiendo errado el tiro, el animal se apoderó del fusil y, colocándose el cañón entre los dientes, lo dobló como si fuera de hojalata. Luego embistió al cazador, y de un mordisco le arrancó una mano.

LA FUERZA DEL CHIMPANCÉ Y DEL GORILA

No es de extrañar que nunca se haya visto cautivo a un gorila adulto. Sus brazos musculosos, sus potentes mandíbulas y su indómita fiereza, hacen imposible el apoderarse de uno sin matarle. Se han cogido algunos pequeños, pero no tardan en morirse. Están mejor en su ambiente nativo, que es el de las grandes y sombrías selvas; allí no suelen hacer daño a nadie; no atacan al hombre ni a ningún animal, con tal de que se les deje en paz. Se alimentan únicamente de frutas y de hierbas, si bien cazan de cuando en cuando algún pájaro o se comen los huevos de los nidos.

En los parques zoológicos hay a veces algún chimpancé joven, pero nunca vive lo bastante para llegar a ser uno de esos seres corpulentos que habitan las selvas africanas. Rara vez ha podido cogerse a un chimpancé adulto, pues, lo mismo que los gorilas, son muy fieros cuando se les ataca. No inspiran, sin embargo, tanto temor como aquéllos, porque tampoco tienen ni su tamaño ni su fuerza. Los que alcanzan mayor desarrollo sólo miden poco más de un metro; pero como poseen unos dientes enormes y unos brazos robustos, se defienden de tal modo, que no hay manera de cogerlos vivos. No son tan fieros como el gorila, y cuando se les acomete tratan de huir, siempre que sea posible; sólo embisten si no pueden escapar. Viven en las mismas regiones de Africa en que se encuentra el gorila, pero ocupan un área mucho mayor. Son muy ladrones, y roban las cosechas de

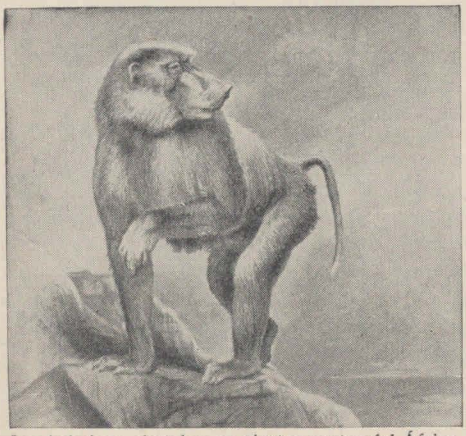
ANTROPOMORFOS Y CINOCÉFALOS DE ÁFRICA

El mayor de los antropomorfos es el gorila, que vive en las selvas del África occidental. Este grabado nos muestra un gorila cachorro. Los individuos más grandes llegan a medir hasta cerca de dos metros.

El chimpancé no es tan temible como el gorila, por ser de talla bastante inferior. En muchos jardines zoológicos suelen tener en cautividad chimpancés jóvenes. El grabado representa uno de éstos.

El orangután es originario de Borneo o de Sumatra. Trepa por los árboles con gran agilidad, pero en el suelo sus movimientos son lentos y torpes. Construye entre las ramas una especie de nido, y se cubre con hojas cuando el tiempo está frío o húmedo.

El gibón es el más pequeño de los antropomorfos, y el único que acostumbra andar erguido. Sus brazos son tan largos, que cuando anda le llegan a los tobillos.



Los babuinos abundan en ciertas partes del África, y por la noche invaden los campos y los huertos de los indígenas, a quienes roban el trigo y la fruta.

El mandril es el más extraño de los monos de hocico prolongado. Ostenta diversos colores, como el morado, el azul, el rojo y el carmesí. Es sumamente feroz.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

legumbres o de frutas, siendo este el motivo por el cual les persiguen los indígenas.

LOS CELOS DE UN CHIMPANCÉ

Si se le coge de joven, es posible domesticarle, convirtiéndose entonces en compañero muy entretenido. Al gran explorador y misionero inglés David Livingstone le regalaron uno de esos animalitos, que llegó a encariñarse sobremanera con su amo. Cuando éste se disponía a salir, el chimpancé le alargaba la mano para que lo llevara con él a paseo, y si lo dejaban solo, lloraba como un niño. Cuando no iba de paseo, se construía una especie de nido, con hierbas, hojas y ramas, ocultándose bajo de ellas, como acostumbraba a hacerlo cuando vivía en estado salvaje. Si se acercaba un indígena o un perro, corría a arrimarse a Livingstone, y con la espalda apoyada en las piernas de su amo se apercibía a la pelea, como pudiera hacerlo un muchacho.

Sabido es lo que ocurre cuando un niño se pone celoso. Pues cuando un chimpancé se encariña con una persona, tiene celos de todos aquéllos por quienes tal persona sienta algún afecto, y sus celos pueden tener consecuencias mucho más graves que los de un niño. Sir Enrique Johnston regresaba una vez a Inglaterra con un chimpancé que había adquirido en África y a quien mimaban todos los que iban en el barco, hasta el extremo de hacerlo sentar a la mesa, donde comía como las personas.

Todo fué a pedir de boca hasta que el vapor se detuvo en un puerto, donde embarcaron una señora y su esposo, llevando a un niño pequeño. Éste no tardó en ser objeto de mimos y caricias por parte de los pasajeros, y el pobre chimpancé se sintió postergado. Púsose triste y de mal humor, y un día, a la hora de comer, no ocupó su sitio en la mesa. Sir Enrique subió a cubierta, para buscarlo, y vió al pícaro animal que se disponía a echar el niño al mar. El chimpancé había encontrado a su pequeño rival dormido en el camarote, y se le había ocurrido que desembarazándose del pequeñuelo terminaría la rivalidad; su amo le había descubierto en el momento en que iba a realizar su propósito de matar a la infeliz criatura. En cuanto el malvado chimpancé vió que llegaba su amo, se escurrió, soltando apresuradamente al niño.

DE QUÉ MODO UN CHIMPANCÉ DEFENDIÓ A SU PEQUEÑUELO

Cuando el chimpancé se halla en estado salvaje, le gusta encaramarse a los árboles, de igual modo que al gorila, pero también se le ve con frecuencia andando por el suelo. No es, como el gorila, un animal solitario, pues a menudo se tropieza con gran número de chimpancés reunidos en manada. Demuestran tener un cariño entrañable a sus pequeñuelos. Una chimpancé se hallaba una vez con su hijuelo observando a un cazador; ignoraba lo que era un fusil, pero al notar que aquel hombre se lo echaba a la cara y apuntaba en la dirección en que ella estaba, comprendió que su intento no era otro que ocasionarle algún daño. El pobre animal cubrió, pues, a su hijo, lo mejor que pudo, con un brazo, mientras con el otro hacía señas al cazador para que se alejara, del mismo modo que pudiera haberlo hecho una mujer al ver a sus hijitos en peligro.

Otro chimpancé, después de haber sido herido en un costado, se llevó a él una mano y, viendo que brotaba la sangre por entre sus dedos, la mostró al cazador, con expresión lastimera, como diciéndole: «Mira lo que has hecho, hombre cruel». Éste se sintió tan conmovido como si hubiera cometido un crimen, y nunca más volvió a cazar esta clase de animales.

EL ORANGUTÁN, QUE SALTA POR EN MEDIO DE LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES

El orangután es algo parecido al chimpancé y al gorila, pero no habita en África, sino en Borneo y Sumatra. Se traslada velozmente por las ramas de un árbol a otro, pero por el suelo camina despacio y con torpeza. Casi nunca se sostiene erguido, y ha de tocar a cada momento al suelo con los nudillos.

DIVERSAS CLASES DE MONOS

El mono proboscido es uno de los más raros y feos que existen. Tiene la nariz tan larga, que en cierto modo semeja una diminuta trompa de elefante.

Las monas del Peñón de Gibraltar son muy astutas, y excelentes trepadoras. Constituyen la única clase de monos que actualmente viven en Europa.

El coaita es pequeño y delgado, y posee una cola muy hermosa, que suele llevar de tal modo, que forma una graciosa curva por encima del lomo.

Los monos de la India deberían ser los más felices entre todos los de su clase, pues se les considera como animales sagrados. Disponen, para vivir, de magníficos boscajes, jardines y templos, pero suelen introducirse en las ciudades y aldeas, invadiendo las tiendas, los bazares y las casas, y ocasionando no pocas incomodidades. A pesar de ser muy molestos, no se permite matarlos ni hacerles daño alguno.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

Es el más lento de todos los simios, en lo que se refiere a la marcha. No puede imprimir las plantas de los pies en el suelo, como lo hacemos nosotros, sino que se apoya sobre el borde exterior del pie, con lo cual sus pasos son tan inseguros como los de un anciano o los de un niño que aun no sabe andar bien.

El orangután construye en los árboles una especie de nido tosco, cubriéndose con hojas para preservarse del frío o de la humedad. Se nutre principalmente con higos, y come también las yemas, hojas y flores de varias clases de árboles. El rocío de las hojas suele bastarle para saciar la sed; pero, cuando el tiempo es muy seco, se ve precisado a ir en busca de agua.

Aunque parezca extraño, el orangután llega a sentir cariño a los seres humanos. Había hace algunos años, en un parque zoológico, un orangután que quería mucho a su guardián; un día de Navidad fueron a verlo varias personas, y el guardián le sacó de la jaula para que mostrase sus habilidades. Hubiérase dicho que quería hablar, por la expresión de sus ademanes. Después de haber estado jugueteando por algún tiempo, el orangután quiso asomarse a una ventana, y se apartó poco a poco, pensando que quizás el guardián se lo permitiría. Éste le llamó al punto, gritando: «¡Ven aquí al momento!» El orangután le echó una mirada, pero sin moverse de junto a la ventana. «Estoy muy enojado», dijo entonces el guardián. Estas palabras conmovieron hondamente al pobre animal, que de un salto se puso al lado del hombre, y le besó y abrazó hasta quedar perdonado.

EL GIBÓN, QUE DA BRINCOS POR ENTRE LAS RAMAS, COMO SI FUERA UN ENORME PAJARRACO

Hay otra especie de monos antropomorfos, de la cual no hemos hablado aún: los gibones. Los más grandes miden hasta un metro, pero no lo parecen, porque su cuerpo es muy delgado. Tienen los brazos tan largos, que cuando andan les llegan a los tobillos. El gibón es el único simio que acostumbra andar erguido; para guardar el equilibrio pone los brazos en alto, moviéndolos de un lado para otro. Pero hay que ver a esos monos cuando brincan de rama en rama, trepando por los árboles con una agilidad asombrosa, no igualada por ningún otro animal; parece que sus cuerpos están hechos de goma elástica, pues dan saltos de más de diez metros.

Supóngase que observamos a uno de ellos colgado de una rama por el brazo. De repente, y sin que al parecer haya hecho el menor esfuerzo—ni tan sólo el que debiera hacer un pájaro—se lanza por el aire y va a parar a otra rama muy distante; la agarra con una mano y, sin pararse a descansar, de un salto alcanza otra rama, y así sucesivamente durante horas y horas. Algunas veces, al asirse de una rama, voltea a su alrededor con rapidez increible, antes de abalanzarse a otra. Parece un gran pajarraco volando a través del bosque.

COSAS QUE ÚNICAMENTE PUEDE HACER UN GIBÓN

En cierta ocasión, uno de esos monos estaba descansando, cuando vió volar a un pájaro; el gibón dió un brinco, cogió al pájaro con una mano, siguió cruzando velozmente por el aire, y asió con la otra mano la rama que se proponía alcanzar.

Otra vez, un gibón domesticado, que estaba encerrado en una gran jaula construída a manera de una habitación de las corrientes, se lanzó de pronto contra una de las ventanas. Todos los presentes se figuraron que el animal, al dar contra la ventana, haría añicos los cristales; pero no fué así. Con asombrosa destreza, el gibón se asió de los listones que separaban los cuadros de vidrio, y volvió de un salto al lugar que antes ocupaba. Ningún otro ser hubiera sido capaz de mostrar una agilidad y una fuerza semejantes.

Si bien muerde cuando está encolerizado, el gibón puede domesticarse; pero pronto nos cansaríamos de tenerlos cautivos, si les diera por chillar, como lo hacen cuando están sueltos por los bosques. Sus chillidos son tan agudos, que se oyen a distancia de varios kilómetros.

UN GIBÓN QUE ROBABA EL JABÓN DE SU AMO

Los gibones quieren mucho a sus pequeños; con frecuencia puede verse como los llevan junto a un arroyo y les lavan sus extrañas caritas. Había un gibón domesticado que solía jugarle a su amo todo género de malas pasadas. Una de ellas consistía en aprovecharse de que éste se hallara distraído, para robarle el jabón. Su amo estaba un día escribiendo y haciendo como quien no nota nada, pero vió muy bien que el pícaro mono se apoderaba del jabón y se lo llevaba sigilosamente al otro extremo del aposento. Entonces le reprendió, aunque sin dar muestras de mucho enojo, y el gibón, avergonzado, cruzó de nuevo la estancia, colocando el jabón en el lugar de donde lo había tomado.

Pasaremos ahora a tratar de los demás monos, de los cuales hay clases muy diversas. Para nuestro propósito los dividiremos en dos grandes familias: los oriundos de América, y los que viven en el Viejo Mundo. Se les distingue fácilmente a simple vista, pues los monos americanos tienen la nariz ancha, mientras que los del Viejo Mundo la tienen estrecha.

Existe en Borneo un mono muy feo, conocido con el nombre de proboscido. Sabido es que *proboscis* significa hocico o trompa, y a ese simio se le llama así porque su nariz tiene la forma de una trompa pequeña. Pero no por esto deja de tener las narices estrechas. Los monos de América tienen dos dientes más que los de Asia o de África, y que los seres humanos. Hay, además, otra diferencia: el mono americano se vale de la cola para trepar por los árboles, como si fuera una mano, cosa que no pueden hacer los monos del Viejo Mundo.

LOS MONOS VIVARACHOS QUE VIVEN EN LA INDIA Y EN AMÉRICA

Los más conocidos entre los monos americanos son el coaita y el aullador. El primero tiene el cuerpo pequeño y delgado, y una hermosísima cola, que lleva formando una graciosa curva por encima de la espalda, cuando no la emplea para trepar. Parece que este mono debería poder andar mejor que los antropomorfos, pero no sabe hacerlo. Para dar algunos pasos por el suelo es preciso que guarde el equilibrio moviendo sin cesar la cola de uno a otro lado. El aullador es un animalito de aspecto muy fiero, pero su aullido es mucho más temible que sus mordiscos, pues suena de un modo espantoso y no cesa en toda la noche.

Los monos de la India debieran ser los más felices entre todos los de su clase, ya que son considerados como animales sagrados. Disponen, para vivir, de magníficos jardines, boscajes y templos, pero suelen introducirse en las ciudades o aldeas, invadiendo las tiendas o bazares. ¡Ay de aquél que se atreva a matar a uno de esos seres mimados!

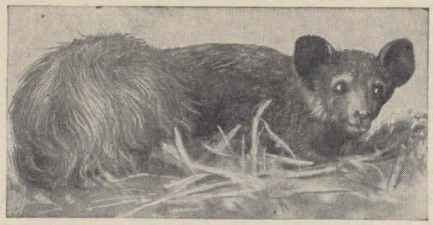
No deja de resultar molesto el encontrárselos en todas partes, corriendo por encima de los alimentos que han de comer las personas. . . . No obstante, si se los trata bien, pueden convertirse en animales caseros. Y la siguiente anécdota prueba cuán graciosos e inteligentes son.

Un caballero que vivía en la India iba a emprender un viaje de recreo, y rogó a uno de sus amigos que le cuidase una de estas monas. « Es muy buena y muy inteligente », le dijo, « y le he enseñado a vigilar a cuatro perritos que tengo ». El amigo se encargó, pues, de la mona y de los cuatro cachorros, resultando ejemplar la conducta de los animalitos. La mona atendía con tanto esmero a los cachorros, y éstos eran tan obedientes, que parecían unos niños cuidados por su niñera. El amigo estaba tan satisfecho de ese comportamiento, que un día, como premio, le ofreció a la mona un puñado de nueces.

Ésta se encontró entonces ante un problema de difícil solución. Si se sentaba para comer las nueces, sus dos manecitas estarían ocupadas, y los cachorros podrían extraviarse, lo cual deseaba evitar a toda costa. Arrugaba la frente, a fuerza de pensar en el modo

de salir del paso, pues, por una parte, tenía muchas ganas de comerse las nueces, y por otra, quería guardar a los perritos que le habían confiado. Por fin, halló un medio de resolver la dificultad.

Cogiendo a uno de los cachorros, lo colocó con la cabeza vuelta hacia la puerta y con la cola en dirección al centro del aposento; puso el segundo de cara a la ventana y con la cola también hacia el centro de la habitación; al tercero lo volvió de cara a la pared, con la cola junto a las de los otros dos; y el cuarto fué colocado con la cabeza hacia la chimenea y la punta de la cola tocando las puntas de las de los demás. De manera que los cuatro perritos estaban colocados formando una cruz, con las cabezas vueltas hacia fuera y las colas hacia dentro. La mona se sentó entonces en el centro, sobre los extremos de las cuatro colas, consiguiendo de este modo, sin hacerles ningún daño, impedir que se alejasen los cachorros mientras ella cascaba las nueces y se las comía.



El aye-aye es animal muy raro. Uno de sus dedos, en lugar de ser como los demás, es largo y delgado, como la garra de un ave de rapiña, y le sirve, principalmente, para agujerear la corteza de los árboles y ver si contiene gusanos.

El tamarino, que habita en la América Meridional, es el más pequeño de todos los monos, siendo muy fácil domesticarlo.

El lori es un animalito esbelto, con grandes ojos redondos y nariz puntiaguda. Sale en busca de su sustento por la noche.

El lemur también pertenece a la familia de los monos, y se cree que es el más antiguo de todos ellos. Vive actualmente en la isla de Madagascar. Su cabeza es parecida a la de un zorro, pero sus manos son como las de los monos.

Los cinocéfalos, si bien de talla inferior a los antropomorfos, son más grandes que los demás monos. Viven en las regiones montañosas de África, y suelen bajar de noche a los poblados para comerse el trigo de los campos y la fruta de los huertos. Su aspecto no es nada atractivo. Tienen la boca muy grande, con dientes tremendos, y hocico como los cerdos. Algunos de ellos se distinguen por una cola extraña, que les sale muy arriba de la espalda, y cuyas curvas semejan las de un asa. Van a cazar en grandes manadas, siendo pocos los animales que se atreven a atacarlos.

Los hay cuya cola es parecida a la del cerdo; pero el más raro de todos, que es el mandril, no tiene casi cola, sino tan sólo tocón. Esta especie de monos son ciertamente animales estrambóticos. En lugar de ser de color pardo, gris o negro, el mandril ostenta los colores más vistosos, como el morado, el azul, el rojo y el carmesí. El extremo del hocico es rojo, y los surcos profundos que tiene a cada lado de la cara, son azules o encarnados, mientras que las patas traseras son de color morado. Es un animal de aspecto repulsivo.

Los monos de esa clase son tan feos y feroces, que es difícil encariñarse con ellos; sin embargo, si se les coge jóvenes, es posible amansarlos.

Había uno en el jardín zoológico de Dublín que sentía mucho cariño por el director, Dr. Ball. Siempre que este señor pasaba por cerca de la jaula, le decía algunas palabras al mono, y le acariciaba la cabeza; pero un día que acompañaba a cierto personaje

para enseñarle la colección zoológica, se olvidó del mandril. Éste se resintió profundamente, y la próxima vez que su amigo vino a verle no quiso acercarse a él; nunca olvidó el agravio, y transcurrió mucho tiempo sin que hiciera caso alguno del doctor. Ahora bien, cuando un mono está triste o enojado, no suele vivir mucho tiempo, y éste se puso muy enfermo.

Llegó un día en que no pudo ya casi moverse. El director estuvo a verle, y el mono, arrastrándose penosamente hasta la reja, alargó la mano a su antiguo amigo; luego el pobre animal fué a morirse en un rincón.

LA MONA DE GIBRALTAR

Hay otra clase curiosa de monos, y es la llamada « mona de Gibraltar », que corre por las rocas del peñón de ese nombre. Pertenece a la familia de los monos que antes vivían en muchos países de Europa. Es tan grande la astucia de estos animales, que nadie puede acercarse a ellos sino con muchísima dificultad.

También es muy conocido el tamarino, siendo fácil domesticarlo. Su aspecto no es el de un mono, sino más bien el de una ardilla, tanto si lo vemos dando vueltas en su jaula, como brincando por las ramas de los árboles en las selvas del Sur de América.

Si parece cosa extraña que sean monos los tamarinos—cuyo silbido es semejante al de un pájaro—aun más raro habrá de parecer el hecho de que asimismo el lemur sea una especie de mono.

DE DÓNDE VINO EL LEMUR

Se supone que los lemures son la clase más antigua de monos que existió en la tierra, y que partiendo de América, en donde aparecieron por primera vez, pasaron a África y a Europa, antes que ciertas tierras quedaran sepultadas bajo el mar, y se formasen los continentes e islas que vemos ahora. El lemur se encuentra al presente en la isla de Madagascar, la cual, en tiempos remotos, formaba parte del continente africano. Al quedar aquélla separada de éste por el mar, los lemures se encontraron aislados a centenares de kilómetros de la costa oriental de África.

La cabeza del lemur se parece a la del zorro, pero tiene las cuatro manos que caracterizan a todos los monos. Posee, como el gibón, una voz poderosa, y es capaz de saltar salvando grandes distancias. Suele salir por la noche de su escondrijo, y se mueve con tanto sigilo, que ni siquiera los pájaros pueden oir sus pisadas.

Por este modo de andar tan suave, tiene gran semejanza con otro animal del mismo género, al que se ha dado el nombre de lori. Es éste una criaturita esbelta, poco más o menos del tamaño de un gato, con grandes ojos redondos, y la nariz puntiaguda. También es animal nocturno.

EL EXTRAÑO AYE-AYE Y SU GARRA MARAVILLOSA

El aye-aye es uno de los animales más raros que existen. Su cuerpo es parecido al de una ardilla; tiene muy desarrolladas las orejas, que no están revestidas de pelo, y los ojos muy grandes, que le permiten ver perfectamente de noche. Pero lo más curioso es la conformación de sus manos. Las posteriores son como las de los demás monos; las anteriores consisten en cuatro dedos largos y un dedo pulgar, pero uno de esos dedos es muy delgado, y tan huesudo como la garra de un ave de rapiña. Sírvese de él para agujerear las ramas de los árboles y ver si hay orugas escondidas en su interior.